

EL SENTIR DE LA MUJER DE MÉXICO.

Nuestro querido México, representado por una de las aves más inteligentes en su bandera: el águila. Sin sonar presuntuosa yo, Luz Martínez, debo decir que me identifico plenamente con esta ave, ya que al igual que ella decidí renovarme antes que morir.

Dicen que hay un momento en la vida de las águilas en el que al sentirse muy cansadas se encierran en una cueva, se arrancan las plumas, las garras y el pico. Y no es hasta que completan el proceso de renovación que deciden emprender el vuelo.

Manifiesto mi sentir porque a la edad de 14 años, cuando aún no tenía mis alas listas me involucré con un hombre mayor, con quien durante 22 años viví sometida a sus problemas de alcoholismo, violencia celos...

Trabajé mucho para que tuviéramos una casa pero sin experiencia, termine pagándola a precio de salud, me lesioné la columna y debido a eso constantemente tenía que estar hospitalizada, para controlar el dolor, tenían que darme morfina, esta situación hacía que él se sintiera seguro de mí.

Me humillaba, me era infiel y si le reclamaba algo, me contestaba que podía irme de su casa. En una de tantas veces que estuve hospitalizada me diagnosticaron un tumor cerebral, ese fue el detonante que me hizo reaccionar y decidí que el tiempo que me quedara de vida lo quería vivir tranquila.

Me fui de mi casa llevándome lo más valioso, mis hijos. Sin importarme que estaba programada para cirugía de columna. Tenía que seguir, no le podía fallar a mis hijos, el pequeño que a sus nueve años tuvo que pasar por una serie de situaciones difíciles comprendía la situación. Me decía "prefiero que no tengamos nada pero que mi papá no te pegue".

Después de haber tenido una casa bastante amplia rentamos unos cuartos, jamás los voy a olvidar porque para mí fueron esa cueva en donde el águila se renueva.

Mi salud seguía en juego. Los médicos me informaron que tenían que regenerarme el esófago, el cual después de haber estado expuesto a tantos medicamentos, estaba quemado y era propensa a desarrollar un cáncer, pero más que los medicamentos se trataba del odio que me carcomía por dentro, porque a los dos meses de haberme ido de la casa el padre de mis hijos se casó y se llevó a vivir a la otra mujer a la casa donde mis hijos nacieron y crecieron.

En la cirugía de esófago estuve a punto de morir. Viví una experiencia sobrenatural, me vi en un jardín hermoso, en el cual vi a un ser de luz, me tomó de la mano y me dijo que me abrazara del árbol de la vida y que dejara el dolor, el sufrimiento, y resentimiento. Lloré hasta que me cansé y le dije que me quería

quedar ahí; su respuesta fue no, “tu solo has recorrido el camino del dolor, te falta recorrer el camino del amor, confía en mí, no en los médicos”.

Para mí el camino del amor es ayudar a otras mujeres. Me preparé en Desarrollo Humano y ahora imparto talleres de prevención de violencia, ayudando a que las niñas identifiquen con qué tipo de personas se involucran y no tengan que pasar por todo lo que yo viví ya que hasta la fecha sigo sufriendo las consecuencias.

Los ácidos que quemaron el esófago también dañaron mis encías. Tuvieron que reconstruirmelas tomando tejido del paladar. Recordé al águila, fue como arrancarme el pico. En ese momento juré no rendirme.

Para mí es un deber moral y social el poder contribuir en algo, dicen que nuestro país está así, no por los que hacen daño sino por los que no hacemos nada.

Pedí ayuda a una institución reconocida, me dijeron que no tenía derecho a vivienda al no estar casada con el padre de mis hijos, ni los 22 años que vivimos juntos, ni mis hijos y ni las condiciones de salud, fueron suficientes para que me apoyaran.

Hay en mí una serie de sentimientos encontrados que al compartirlos en este texto, confío que quienes representan estas instituciones hagan algo ante tantas injusticias.

Mi sentir es impotencia al ver como mujeres de mi comunidad tienen que trabajar el doble, para alimentar y educar a sus hijos, porque no reciben la ayuda adecuada.

Ya basta. No seamos como los buitres que vuelan bajo, alimentándose de carroña. Levantemos el vuelo como las águilas con valor sin detenernos ante las adversidades, con un espíritu libre que puede tocar el cielo y la tierra.

Es hora de hacer algo por nuestro México. Hagámosle honor a esa águila que nos representa, para que el sentir de nuevas generaciones sea otro.

Que no haya más mujeres sometidas, ignoradas y abandonadas. No solo por sus parejas, si no por las autoridades.

Deseo que mi sentir sea el eco de muchas mujeres y no solo sea escuchado, sino tomado en cuenta.

Desde lo más profundo de mí ser,

Luz Martínez.